

# CUENTA CUENTOS

UNA COLECCION DE CUENTOS PARA MIRAR, LEER Y ESCUCHAR.



SALVAT

# GOBOLINO el gato embrujado



Una tenebrosa noche de invierno, dos gatitos salieron de la cueva en que habían nacido. Era la primera vez que se atrevían a hacerlo. Estaba tan oscuro que Gobolino apenas podía ver a Salima, su hermana gemela, que era tan negra como la misma noche.

—¿Qué quieres ser cuando te hagas mayor? —le preguntó Gobolino.

—Seré una gata embrujada como mamá —contestó Salima—. Aprenderé magia, montaré en una escoba y convertiré los ratones en ranas y las ranas en lagartijas. Volaré en el viento de la noche con los murciélagos y los búhos, gritando *Miauuuu!* Y todos dirán: “Allá va Salima, la gata embrujada”.

Gobolino se quedó callado y al cabo de un buen rato dijo:

—Yo seré un gato faldero. Me tumbaré junto al fuego con las patas encogidas y me pondré a ronronear. Cuando los niños de la casa vuelvan del colegio, me tirarán de las orejas y me harán cosquillas. Cuidaré la casa, cazaré ratones y vigilaré al bebé. Y... después que todos los niños se hayan ido a la cama,



me subiré a la falda de la madre. ¡Me llamarán Gobolino, el gato faldero!

—¿Es que no prefieres ser malo?

—No —contestó Gobolino—. Seré bueno para que la gente me quiera. Nadie desea tener gatos embrujados.

En ese momento, un rayo de luna iluminó a los gatitos. Salima exclamó, arqueando el lomo:

—¡Hermano! ¡Tienes una pata blanca!

Todo el mundo sabe que los gatitos embrujados son negros de pies a cabeza y que tienen los ojos muy verdes. En la cueva, que era muy oscura, nadie había notado que Gobolino tenía una patita blanca. Y para colmo de males sus ojos eran iazules!

Salima entró corriendo en la cueva.

—¡Mamá! Gobolino tiene un calcetín blanco y ojos azules. ¡Y quiere ser un gato faldero!



Su madre salió a la puerta de la cueva, seguida de la bruja. Golpearon a Gobolino, le tiraron de las orejas y de la cola, y lo arrojaron al rincón más negro y húmedo de la cueva, donde vivían los sapos.

Más tarde, oyó que la bruja decía a su madre:

—Salima será una buena gata embrujada. ¿Pero qué podemos hacer con Gobolino?

Cuando salió la luna, la bruja y su gata montaron en una escoba, llevando a los dos gatitos en una bolsa. Volaron a tanta velocidad que el pequeño Gobolino, espiando a través de un agujero, vio que las estrellas pasaban zumbando, como una lluvia de diamantes. Se mareó al intentar mirar hacia abajo. Salima maullaba de alegría, pero Gobolino temblaba y



derramaba lágrimas de terror sobre su patita blanca.

—¡Basta, por favor! ¡Quiero parar!  
¡Por favor! ¡Por favor!...

Pero nadie le hizo caso.

Por fin, la bruja y su escoba se lanzaron sobre el Monte Huracán. Allí vivía una hechicera vieja y horrible que aceptó hacerse cargo de Salima para enseñarle a ser una gata embrujada.

Salima estaba tan contenta que casi ni se despidió de su hermano. Quería comenzar sus lecciones sobre cómo

convertir a las personas  
en sapos y ranas.



La bruja se negó a aceptar a Gobolino.

—¡Un gato embrujado con una pata blanca! ¡Nadie lo querrá!

Visitaron cincuenta cuevas, pero ninguna de las brujas quiso quedarse con él, porque tenía una pata blanca y ojos azules. Regresaron a casa, y la bruja le dejó otra vez con los sapos.

Por la mañana se despertó y descubrió que estaba solo. La bruja y su madre se habían ido.

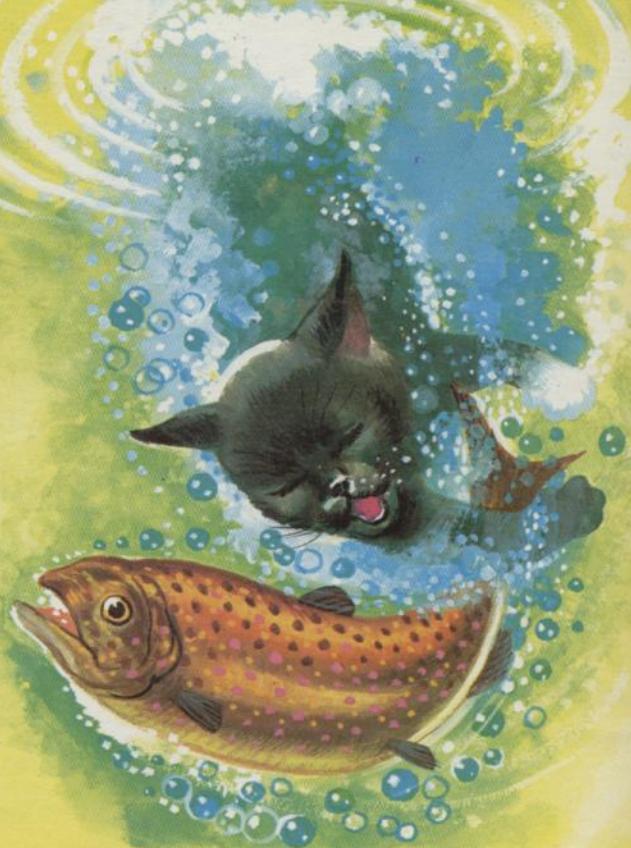
—¿Y si no vuelven nunca? ¿Qué puedo hacer?

Entonces tuvo una idea.

—Ahora no tengo que ser un gato embrujado. Me iré a buscar un hogar feliz donde pueda vivir para siempre.

La cueva de la bruja estaba junto a un bosque, cerca de un río. Gobolino se lavó la cara y el cuerpo con mucho cuidado, y echó a andar por los campos hasta perder de vista el bosque.

Después de mucho andar llegó a un río



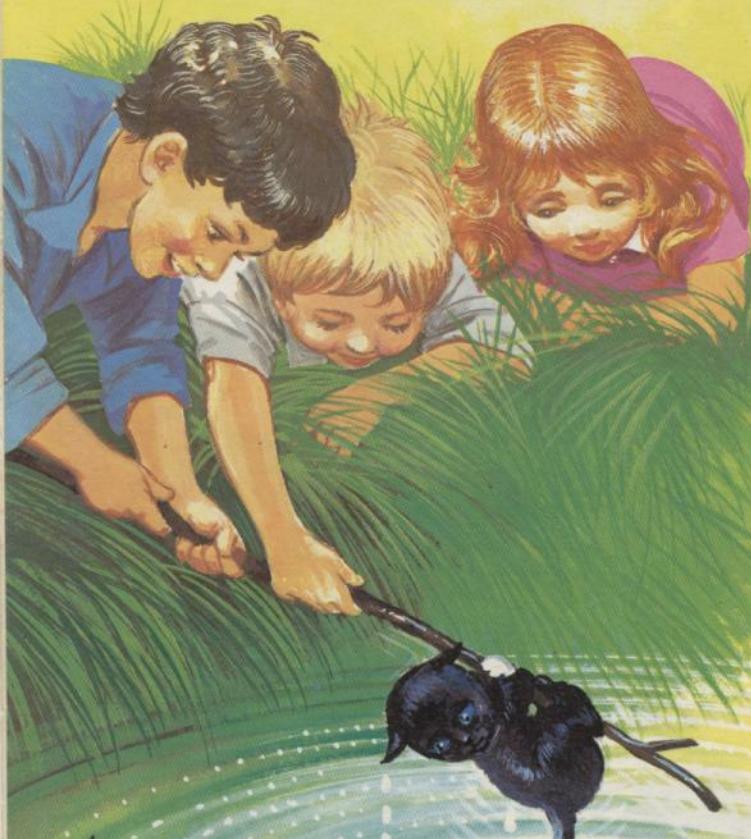
caudaloso. Se quedó mirándolo y, súbitamente, apareció una hermosa trucha saltarina, de color rosado y azul, que nadaba hacia él. Gobolino levantó la pata, temblando de emoción. En ese momento, la trucha lo vio y se alejó rápidamente. El gatito dio un zarpazo en el aire, perdió el equilibrio y cayó al río.

Comenzó a nadar como sólo los gatos embrujados pueden hacerlo. Nadó y nadó, hasta llegar a un lugar donde el río atravesaba una granja. Allí, junto a la orilla, unos niños jugaban alegres.

—¡Mira! ¡Mira! —gritaron—. ¡Hay un gatito en el agua!

—¡Se ahogará! —gritó la niña—.  
¡Rápido! ¡Sálvalo!

El niño corrió presuroso y con una rama sacó a Gobolino, jadeante.



-¡Qué ojos más azules!

-Tiene tres patas negras...

-¡Y una completamente blanca!

Los niños se llevaron a Gobolino a la granja para enseñárselo a su madre. ¡Allí vio la cocina con la que siempre había soñado! Había cacharros limpísimos en los estantes, un fuego resplandeciente y un niño en la cuna...

"¡Soy un gato muy afortunado!", pensó Gobolino. "Ahora puedo quedarme aquí y ser un gato doméstico para siempre".

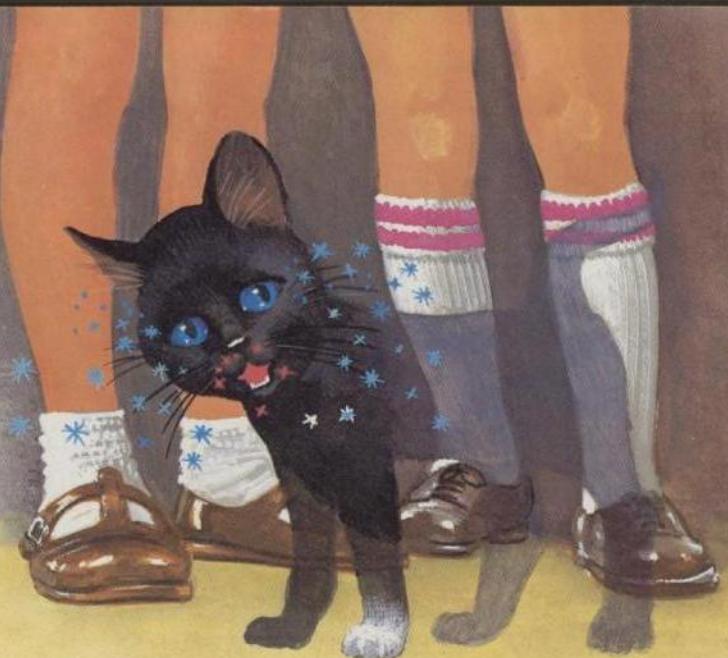
La mujer del granjero lo sentó en su falda y le secó la piel con un paño caliente.

-¿De dónde vienes, gatito? ¿Cómo te caíste al río? Podías haberte ahogado.

Gobolino dedicó un *miiiauuu* muy cariñoso a la mujer.

Una vez estuvo seco, le dio leche caliente. Y cuando ella se fue a ordeñar las vacas, jugó con los niños. Todos los gatos embrujados saben muchos trucos, y, aunque Gobolino quería ser un gato faldero, también los había aprendido. Sacó chispas azules por los bigotes y rojas por la nariz. Tan pronto se hacía invisible, escondiéndose en los lugares más extraños, como reaparecía para divertir a los niños.

En medio de todas estas bromas, llegó el granjero. Mientras cenaba vio los trucos de Gobolino, pero no dijo nada. Envío a los niños a la cama, y el



gatito se enroscó en una caja, debajo de la mesa de la cocina.

El fuego se apagó. Gobolino dormía tranquilo, soñando y ronroneando. De repente, unos golpecillos interrumpieron el silencio.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! ¡Había un duende en la ventana! Gobolino se incorporó susurrando:

-¿Quién es?





—¡Déjame entrar, gatito! —pidió el duende.

Gobolino se sentó, mirándole.

—¡Qué cocina más bonita! ¡Y qué platos tan brillantes! ¡Y qué hermosa cuna! ¡Y qué calorillo tan agradable!.... ¡Déjame entrar!

Gobolino no se movió, sin dejar de mirarle. El duende comenzó a golpear la ventana.

—Los gatos falderos sois todos iguales. Mira: tú estás caliente y seguro. ¡Y yo aquí fuera, solo y muerto de frío!

Al oír esto, Gobolino se acordó de lo solo que se había sentido al perderse. Se acercó a la ventana y dijo:

—Puedes entrar a calentarte un rato.

El duende saltó por la ventana y dejó sus huellas sucias en el suelo de la cocina.

—¿Cómo estás? ¡Y tu familia? —preguntó, tirándole de la cola.

—Mi madre se ha ido con mi ama, la

bruja —respondió Gobolino—, y mi hermanita Salima está con una hechicera en el Monte Huracán. No sé cómo están.

El duende se rió.

—¡Ajá! ¿Así que eres un gato embrujado?

—¡Oh, no! Ya no lo soy. ¡Esta tarde empecé a ser un gato doméstico y lo seré por siempre jamás!

El duende lanzó una sonora carcajada e hizo una pируeta. Tiró una labor que había en una silla y enredó la lana en las patas de la mesa.

—¡Ten cuidado! —gritó Gobolino.

El duende entró en la despensa y cerró la puerta. El gatito corría intentando arreglar el desorden, pero no podía. El duende saltó fuera de la despensa. Se había comido la nata.

—¡Bien! Yo me voy. ¡Buenas noches, gatito embrujado! —dijo el duende, saliendo por la ventana.



Gobolino volvió a su caja a dormir. A la mañana siguiente la mujer del granjero descubrió las lanas hechas un lío y también que alguien había robado toda la nata de la despensa. En el suelo había un letrero con estas palabras: ¡GOBOLINO ES UN GATO EMBRUJADO!

—¡Mira qué desastre! —gritó la mujer.

—¡Te lo dije! —contestó el granjero—. Es un gato embrujado y no sirve para nada. ¡Voy a ahogarlo!

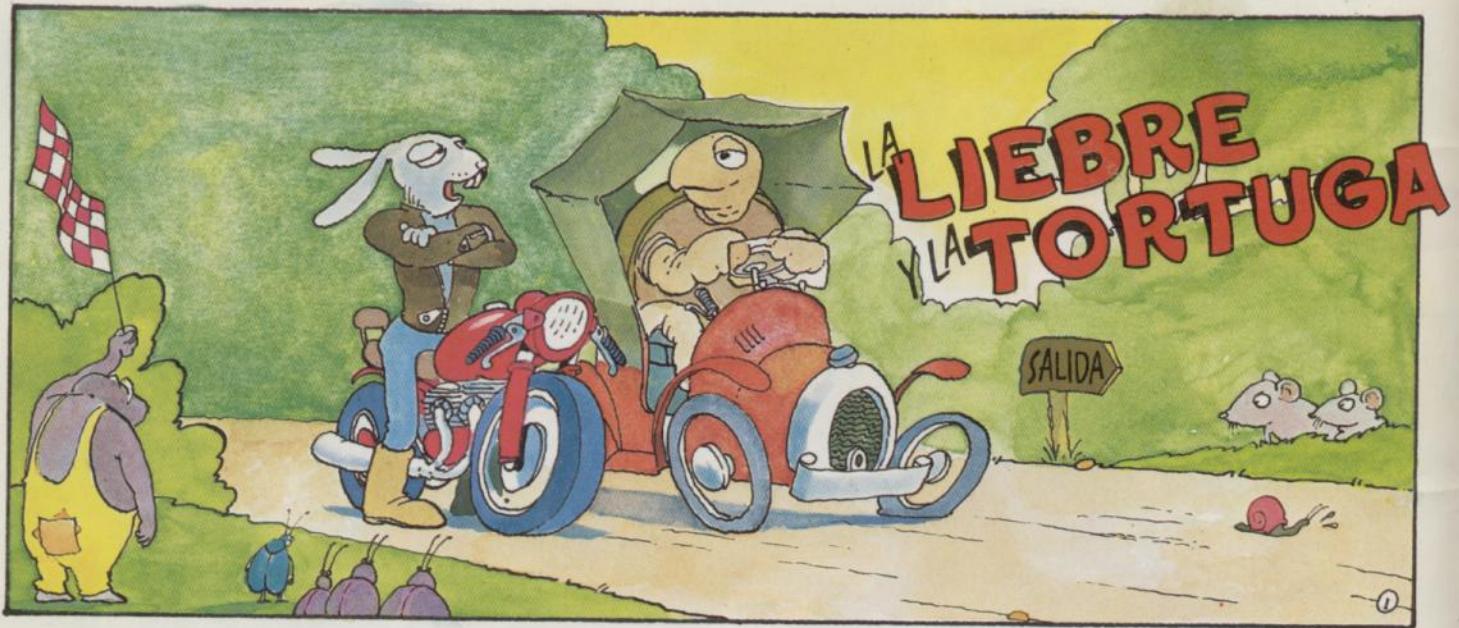
Al escuchar las palabras del granjero, Gobolino saltó de su caja y salió zumbando por la puerta de la

cocina. Corrió por el sendero y desapareció montaña arriba.

“Ayer era el gato de una bruja”, pensó Gobolino. “Anoche, un gato faldero. Ahora parece que tendré que ser un gato de otra clase. ¿Pero de qué clase?”



(En el fascículo n.º 2 seguirán las aventuras de Gobolino.)



**L**a liebre siempre se reía de la tortuga, porque era muy lenta.

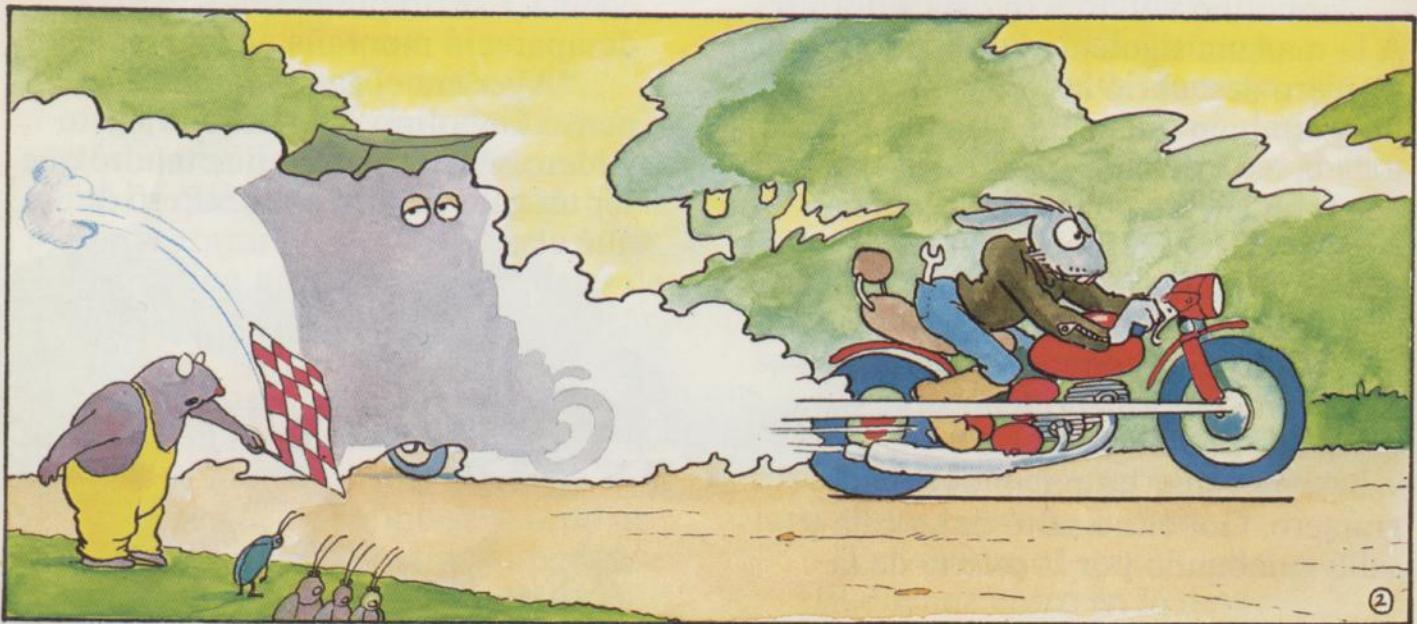
—¡Je, je! En realidad, no sé por qué te molestas en moverte —le dijo.

—Bueno —contestó la tortuga—, es verdad que soy lenta, pero siempre llego al final. Si quieras hacemos una carrera.

—Debes estar bromeando —dijo la liebre, despectivamente—. Pero si insistes, no tengo inconveniente en hacerte una demostración.

Era un caluroso día de sol y todos los animales fueron a ver la Gran Carrera. El topo levantó la bandera y dijo:

—Uno, dos, tres... ¡Ya!

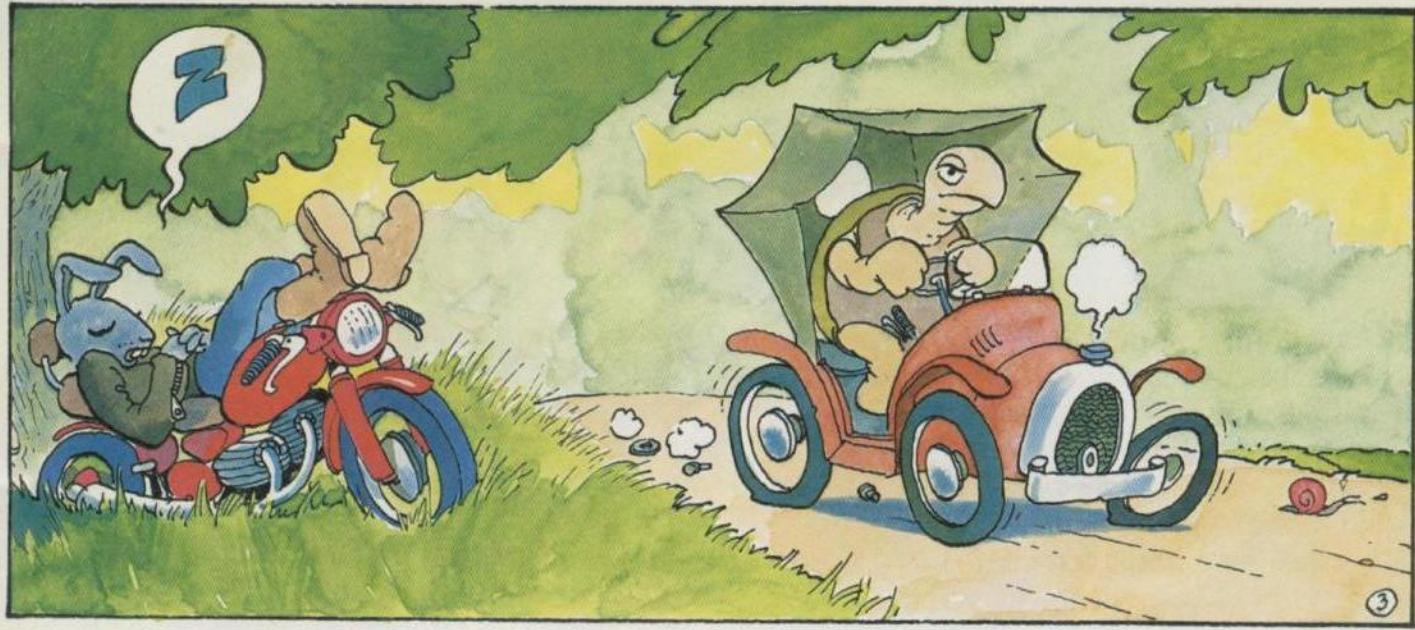


La liebre salió corriendo, y la tortuga se quedó atrás, tosiendo en una nube de polvo. Cuando echó a andar, la liebre ya se había perdido de vista.

—No tiene nada que hacer —dijeron los saltamontes—. La tortuga está perdida.

“¡Je, je! ¡Esa estúpida tortuga!” pensó la liebre, volviéndose. “¿Para qué voy a correr? Mejor descanso un rato.”

Así pues, se tumbó al sol y se quedó dormida, soñando con los premios y medallas que iba a conseguir.



La tortuga siguió toda la mañana avanzando muy despacio. La mayoría de los animales, aburridos, se fueron a casa. Pero la tortuga continuó avanzando. A mediodía pasó junto a la liebre, que dormía al lado del camino. Ella siguió pasito a paso.

Finalmente, la liebre se despertó y estiró las piernas. El sol se estaba poniendo. Miró hacia atrás y se rió:

—¡Je, je! ¡Ni rastro de esa tonta tortuga!  
Con un gran salto, salió corriendo en dirección a la meta para recoger su premio.



Pero cuál no fue su horror al ver desde lejos cómo la tortuga le había adelantado y se arrastraba sobre la línea de meta. ¡Había ganado la tortuga! Desde lo alto de la colina, la liebre podía oír las aclamaciones y los aplausos.

—No es justo —gimió la liebre—. Has hecho trampa. Todo el mundo sabe que corro más que tú.

—¡Oh! —dijo la tortuga, volviéndose para mirarla—. Pero ya te dije que yo siempre llego. Despacio pero seguro.



# El ÁRBOL de los ZAPATOS

Juan y María miraban a su padre que cavaba en el jardín. Era un trabajo muy pesado. Después de una gran palada, se incorporó, enjugándose la frente.

—Mira, papá ha encontrado una bota vieja —dijo María.

—¿Qué vas a hacer con ella? —quiso saber Juan.

—Se podría enterrar aquí mismo —sugirió el señor Martín—. Dicen que si se pone un zapato viejo debajo de un cerezo crece mucho mejor.

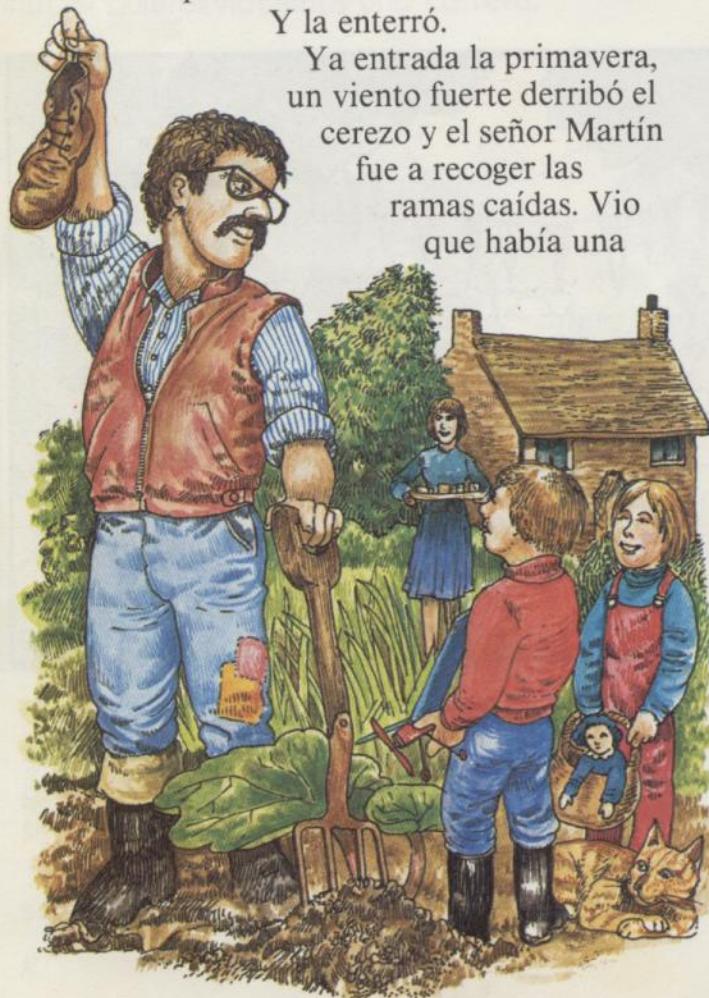
María se rió.

—¿Qué es lo que crecerá? ¿La bota?

—Bueno, si crece, tendremos bota asada para comer.

Y la enterró.

Ya entrada la primavera, un viento fuerte derribó el cerezo y el señor Martín fue a recoger las ramas caídas. Vio que había una



planta nueva en aquel lugar. Sin embargo, no la arrancó, porque quería ver qué era. Consultó todos sus libros de jardinería, pero no encontró nada que se le pareciera.

—Jamás vi una planta como ésta —les dijo a Juan y a María.

Era una planta bastante interesante, así que la dejaron crecer, a pesar de que acabó por ahogar los retoños del cerezo caído. Crecía muy bien; a la primavera siguiente, era casi un arbolito. En otoño, aparecieron unos frutos grisáceos. Eran muy raros: estaban llenos de bultos y tenían una forma muy curiosa.

—Ese fruto me recuerda algo —dijo la señora Martín. Entonces se dio cuenta de lo que era—. ¡Parecen botas! ¡Sí, son como unos pares de botas colgadas de los talones!

—¡Es verdad! Parecen botas —dijo Juan asombrado, tocando el fruto.

—¿Habéis dicho botas? —preguntó la señora Gómez, asomándose.

—Sí, crecen botas!

—Pedrito ya es grande y necesitará botas —dijo la señora Gómez—. ¿Puedo acercarme a mirarlas?

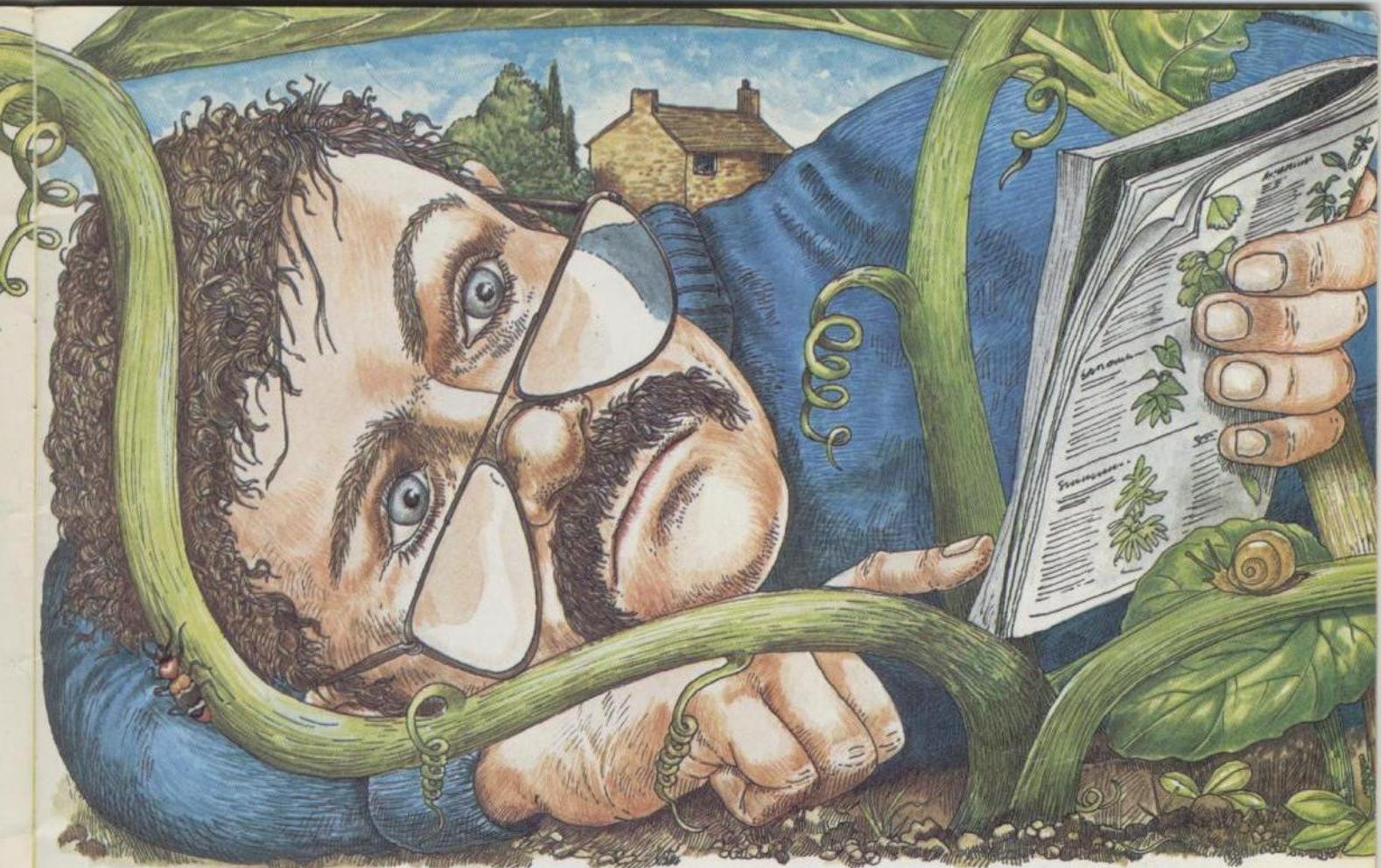
—Claro que sí. Pase y véalas con sus propios ojos.

La señora Gómez se acercó, con el bebé en brazos. Lo puso junto al árbol, cabeza abajo. Juan y María acercaron un par de frutos a sus pies.

—Aún no están maduras —dijo Juan—. Vuelva mañana para ver si han crecido un poco más.

La señora Gómez volvió al día siguiente, con su bebé, pero la fruta era aún demasiado pequeña. Al final de la semana, sin embargo, comenzó a madurar, tomando un brillante color marrón.

Un día descubrieron un par que parecía



justo el número de Pedrito. María las bajó y la señora Gómez se las puso a su hijo. Le quedaban muy bien y Pedrito comenzó a caminar por el jardín.

Juan y María se lo contaron a sus padres, y el señor Martín decidió que todos los que necesitaran botas para sus hijos podían venir a recogerlas del árbol.

Pronto todo el pueblo se enteró del asombroso árbol de los zapatos y muchas mujeres vinieron al jardín, con sus niños pequeños. Algunas alzaban a los bebés para poder calzarles los zapatos y ver si les iban bien. Otras los levantaban cabeza abajo para medir la fruta con sus pies. Juan y María recogieron las que sobraban y las colocaron sobre el césped, ordenándolas por pares. Las madres que habían llegado tarde se sentaron con sus niños. Juan y María iban de aquí para allá, probando las botas, hasta que todos los niños tuvieron las suyas. Al final del día, el árbol estaba pelado.

Una de las madres, la señora Blanco, llevó a sus trillizos y consiguió zapatos para los

tres. Al llegar a casa, se los mostró a su marido y le dijo:

—Los traje gratis, del árbol del señor Martín. Mira, la cáscara es dura como el cuero, pero por dentro son muy suaves. ¿No es estupendo?

El señor Blanco contempló detenidamente los pies de sus hijos.

—Quítale los zapatos —dijo, al fin—. Tengo una idea y la pondré en práctica en cuanto pueda.

Al año siguiente, el árbol produjo frutos más grandes; pero como a los niños también les habían crecido los pies, todos encontraron zapatos de su número.

Así, año tras año, la fruta en forma de zapato crecía lo mismo que los pies de los niños.

Un buen día apareció un gran cartel en casa del señor Blanco, que ponía, con grandes letras marrones: CALZADOS BLANCO, S.A.

—Andaba el señor Blanco con mucho misterio plantando cosas en su huerto —dijo el señor Martín a su familia—. Por fin lo

entiendo. Plantó todos los zapatos que les dimos a sus hijos durante estos años y ahora tiene muchos árboles, el muy zorro.

—Dicen que se hará rico con ellos —exclamó la señora Martín con amargura.

En verdad, parecía que el señor Blanco se iba a hacer muy rico. Ese otoño contrató a tres mujeres para que le recolectaran los zapatos de los árboles y los clasificaran por números. Luego envolvían los zapatos en papel de seda y los guardaban en cajas para enviarlos a la ciudad, donde los venderían a buen precio.

Al mirar por la ventana, el señor Martín vio al señor Blanco que pasaba en un coche elegantísimo.

—Nunca pensé en ganar dinero con mi árbol —le comentó a su mujer.

—No sirves para los negocios, querido —dijo la señora Martín, cariñosamente—. De todos modos, me alegra de que todos los niños del pueblo puedan tener zapatos gratis.

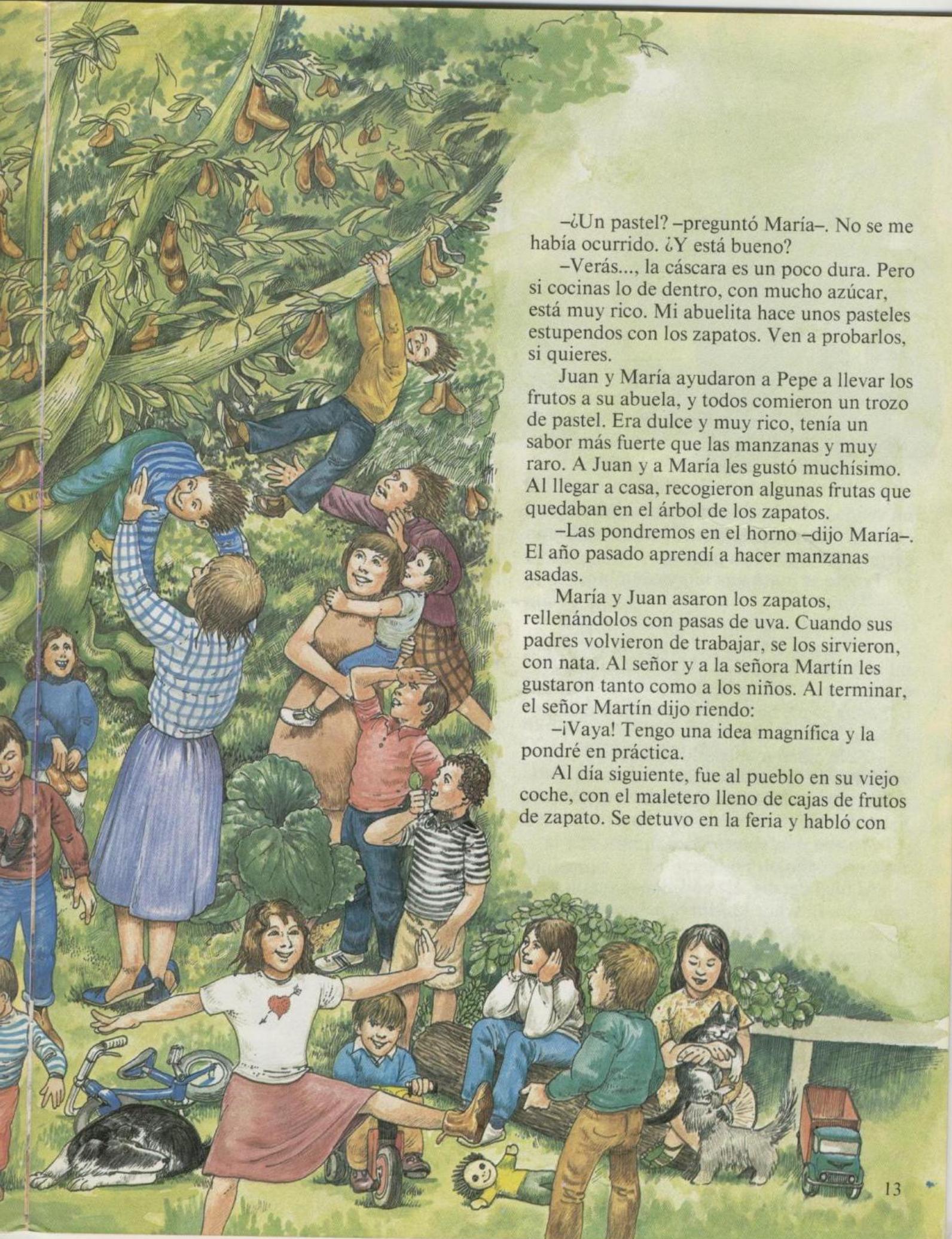
Un día, Juan y María paseaban por el campo, junto al huerto del señor Blanco. Este había construido un muro muy alto para que no entrara la gente. Sin embargo, de pronto asomó por encima del muro la cabeza de un niño. Era Pepe, un amigo de Juan y María. Con gran esfuerzo había escalado el muro.

—Hola, Pepe —dijo Juan—. ¿Qué hacías en el jardín del señor Blanco?

El niño, que saltó ante ellos, sonrió.

—Ya veréis... —dijo, recogiendo frutos de zapato hasta que tuvo los brazos llenos—. Son del huerto. Los arrojé por encima del muro. Se los llevaré a mi abuelita, que me va a hacer otro pastel de zapato.





—¿Un pastel? —preguntó María—. No se me había ocurrido. ¿Y está bueno?

—Verás..., la cáscara es un poco dura. Pero si cocinas lo de dentro, con mucho azúcar, está muy rico. Mi abuelita hace unos pasteles estupendos con los zapatos. Ven a probarlos, siquieres.

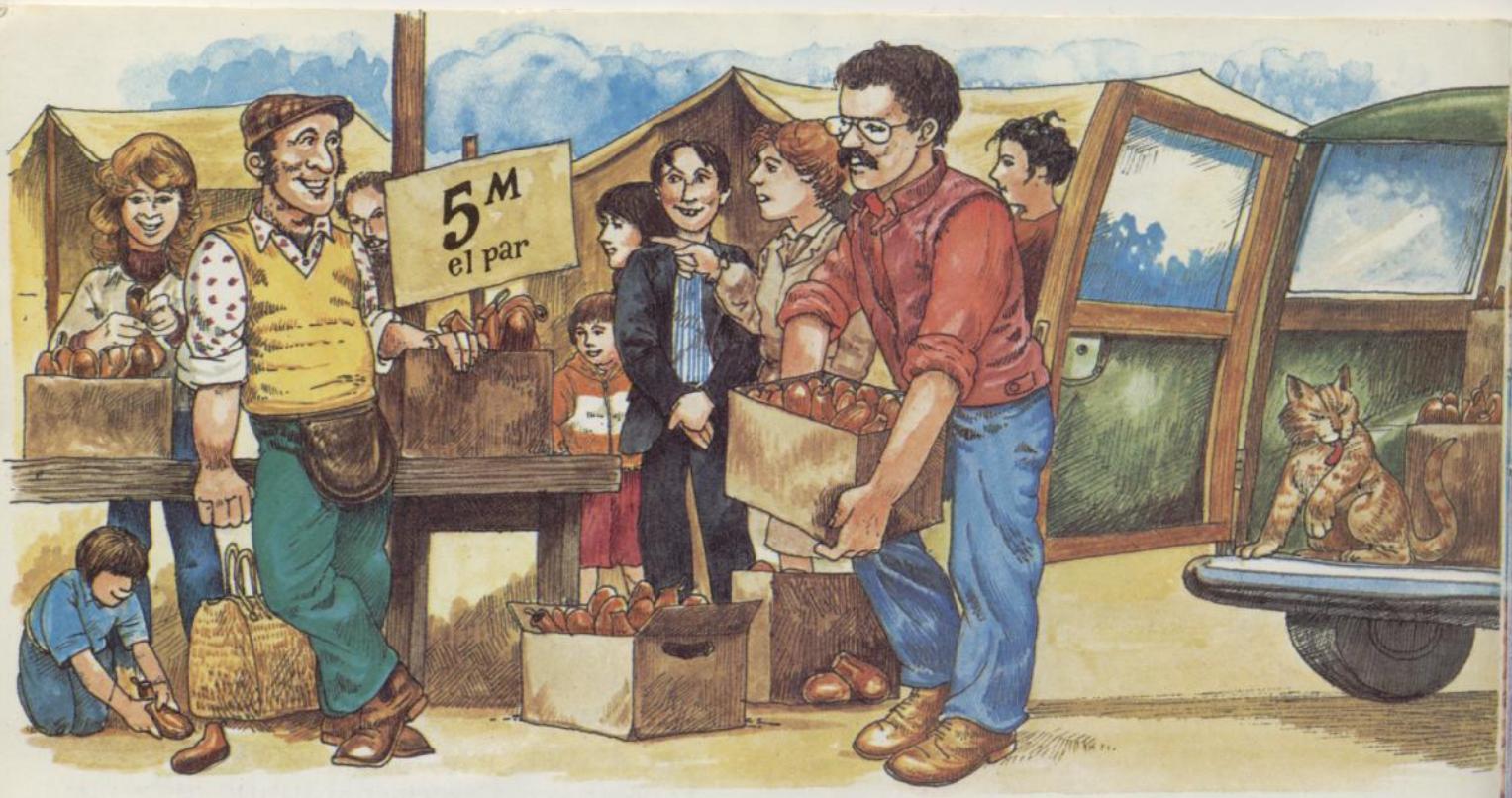
Juan y María ayudaron a Pepe a llevar los frutos a su abuela, y todos comieron un trozo de pastel. Era dulce y muy rico, tenía un sabor más fuerte que las manzanas y muy raro. A Juan y a María les gustó muchísimo. Al llegar a casa, recogieron algunas frutas que quedaban en el árbol de los zapatos.

—Las pondremos en el horno —dijo María—. El año pasado aprendí a hacer manzanas asadas.

María y Juan asaron los zapatos, rellenándolos con pasas de uva. Cuando sus padres volvieron de trabajar, se los sirvieron, con nata. Al señor y a la señora Martín les gustaron tanto como a los niños. Al terminar, el señor Martín dijo riendo:

—¡Vaya! Tengo una idea magnífica y la pondré en práctica.

Al día siguiente, fue al pueblo en su viejo coche, con el maletero lleno de cajas de frutos de zapato. Se detuvo en la feria y habló con



un vendedor. Entonces comenzó a descargar el coche. El vendedor escribió algo en un gran cartel y lo colgó en su puesto.

Pronto se juntó una muchedumbre.

—¡Mirad!

—Frutos de zapato a 5 monedas el kilo.

—Yo pagué 500 monedas por un par para mi hijo —dijo una mujer. Alzó a su niño y les enseñó las frutas que llevaba puestas—. Mirad, por éstas pagué 500 monedas en la zapatería. ¡Y aquí las venden a 5!

—¡Sólo cinco monedas! —gritaba el vendedor—. Hay que pelarlos y comer la pulpa, que es deliciosa. ¡Son muy buenos para hacer pasteles!

—Nunca más volveré a comprarlos en la zapatería —dijo otra mujer.

Al final del día, el vendedor se sentía muy contento. El señor Martín le había regalado los frutos y ahora tenía la cartera llena de dinero.

A la mañana siguiente, el señor Martín volvió al pueblo y leyó en los carteles de las zapaterías: “*Zapatos Naturales Blanco – crecen como sus niños*”. Y debajo habían puesto unos carteles nuevos que decían: “*¡Grandes rebajas! 5 monedas el par!*”

Después de esto, todo el mundo se puso contento: los niños del pueblo seguían

consiguiendo zapatos gratis del árbol de la familia Martín, y a la gente de la ciudad no les importaba pagar 5 monedas por un par en la zapatería. Y todos los que querían podían comer la fruta. El único que no estaba contento era el señor Blanco; aún vendía algunos zapatos, pero ganaba menos dinero que antes.

El señor Martín le preguntó a su mujer:

—¿Crees que estuve mal con el señor Blanco?

—Me parece que no. Despues de todo, la fruta es para comerla ¿verdad?

—Y además —añadió María— ¿no fue lo que dijiste al enterrar aquella bota vieja? ¿Te acuerdas? Nos prometiste que cenaríamos botas asadas.



# EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR



El Ministro de Hacienda gritó:  
—¡Hay que decírselo al Emperador.  
No queda más dinero en la Tesorería.  
¡Se lo ha gastado todo en ropa!

Pero el soldado que hacía guardia  
frente al dormitorio del Emperador no  
quería dejarle entrar.

—Lo siento, Excelencia, pero el  
Emperador está otra vez en el vestidor,  
buscando algo que ponerse. No se  
puede pasar.

Entonces, de golpe, se abrió la  
puerta y apareció el Emperador,  
seguido del primer Ministro.

—¡Os digo que hoy no puedo ver a  
nadie! No tengo nada que ponerme.  
Oh..., estáis aquí, Ministro de  
Hacienda. Volved a subir los impuestos  
un diez por ciento. Es absolutamente  
necesario que me haga un traje.

—Pero tenéis ya muchos trajes,  
Majestad, y no es posible aumentar los  
impuestos otra vez. El pueblo no puede  
pagar más.

—No me importa —dijo el  
Emperador—. Quiero otro. Soy yo  
quién manda y puedo hacer lo que me  
dé la gana.

Nadie se atrevió a contradecirle.  
Así pues, cuando llegaron dos  
extranjeros a las puertas de palacio,  
diciendo que eran sastres, les dejaron  
ver al Emperador. Los sastres  
aseguraron que confeccionaban ropas

muy finas, de una tela que era la más elegante y delicada del mundo.

—¿Dónde está esa tela? ¡Dejadme verla! ¡Quiero verla! —exigió el Emperador.

—Aún no la hemos tejido —dijo uno de los sastres—. Proporcionadnos los materiales, un telar, una habitación grande y soleada, y comenzaremos a tejerla. Nosotros sólo nos ocupamos de la técnica y, por supuesto, de la magia.

—¿Magia? ¿Magia? ¿Qué magia?  
—preguntó el Emperador,  
entusiasmado.

—Nadie que sea malvado o estúpido, que desempeñe un cargo para el que no sirve o que ocupe un lugar inmerecido en la corte podrá ver la tela que tejamos —exigieron los sastres.

—¿De verdad? —exclamó el Emperador—. ¡Asombroso! ¡Admirable!  
¡Comenzad en seguida! Me pondré el traje mañana, para el gran desfile de la ciudad. Ministro, proporcionad a estos hombres todo lo que necesiten.

Tras estas palabras, volvió majestuosamente a su vestidor.



Los sastrés se instalaron en una habitación cómoda y grande de palacio. Allí tenían que comenzar su trabajo. Pero todo lo que hicieron fue sentarse con los pies apoyados en una silla real. Cuando les trajeron los materiales –seda, lana fina, perlas e hilo de oro–, los escondieron.

El Emperador se sentó en el trono, pensando en la maravillosa tela que le estaban tejiendo. De repente, esbozó una sonrisa maligna y pensó: “Ahora descubriré si mis ministros son malvados, estúpidos o ineptos. Mandaré a buscar al Ministro de Hacienda”.

Una vez en su presencia le dijo:

—Preguntad a los sastres cuándo estará terminada la tela. Luego volved y contadme cómo es. Por supuesto, quizás no veáis nada...

El Ministro llamó a la puerta del taller y uno de los sastres abrió.

—Entrad, señor Ministro, entrad. Como podéis ver, está casi acabada.

En medio de la habitación se hallaba el inmenso telar totalmente vacío. El Ministro lo contempló con los ojos muy abiertos. Pensaba...

“¿Cómo? ¿Seré estúpido? ¿Seré inepto? No puedo ver nada... Es horrible.” Sin embargo, contestó:

—Es... muy bonita. ¡Preciosa! Hmm... Me gusta mucho el dibujo.





—Veo que tenéis buen gusto —dijo uno de los sastres—. Decid al Emperador que su traje estará terminado mañana a primera hora..., pero necesitamos más hilo de oro.

El Ministro volvió junto al Emperador, temblando.

—Bien, bien... ¿Cómo es?

—Oh..., magnífica, Majestad! Jamás había visto nada semejante.

El Emperador, contento, se frotó las manos pensando en su traje nuevo y se felicitó a sí mismo de haber acertado al nombrar a su Ministro de Hacienda.

—Muy bien. Ahora mandad al Prefecto a examinar mi nuevo traje.

El Prefecto fue enviado a mirar la tela mágica. Después de él fueron el Primer Ministro y el Comandante en Jefe del Ejército. Todos contemplaron el telar vacío y pensaron que era terrible no ver tela alguna.

“¿Seré malvado?”, pensó el Prefecto.

“¿Seré estúpido?”, se preguntó el Primer Ministro.

“¿Seré un inepto?”, se inquietó el Comandante en Jefe.

Para ocultar sus temores, todos alzaron los brazos y admiraron la tela.

—A mí me gusta la cenefa —dijo el Prefecto.





—Qué colores tan raros —se maravilló el Primer Ministro.

—Excelente, de primerísima calidad —aprobó el Comandante en Jefe.

Todos se fueron escaleras arriba para decir al Emperador lo bonita que era la tela. Entonces éste bajó a probarse el traje nuevo. Al entrar en la habitación, le asaltó un gran temor.

“¡Dios mío! ¡No puedo ver ni un hilo! ¿Seré más malvado o estúpido que todos mis ministros juntos? ¿O seré inepto como Emperador? Nadie debe saber que no puedo ver la tela mágica.”

—¿Qué os parece, Majestad?  
—preguntaron los sastres.

—Hmmm... Espléndida. Sí, bastante bonita —tartamudeó el infeliz.

Fingieron tomarle las medidas, dejándole en ropa interior y ajustando la tela. El Emperador se paró majestuosamente frente al espejo y como queriéndose convencer de la calidad de la tela se dijo a sí mismo:

“Bien, ellos piensan que estoy vestido, pues debo estarlo, sin duda.”

—Tocad, tocad qué calidad más buena, Majestad —dijo un sastre.

—Está totalmente forrado, como veis.



—señaló el otro—. Trabajaremos toda la noche para que os quede perfecto.

Por supuesto, los dos sastres no hicieron nada. Se pasaron la noche durmiendo.

A la mañana siguiente, el Emperador fue a la habitación de los sastres a ponerse el traje nuevo. Simuló todos los gestos que uno hace para vestirse, mientras sus cortesanos le observaban.

—Tenéis un aspecto magnífico —dijo el Ministro de Hacienda, que no quería perder su empleo.

—Majestuoso —exclamó el Prefecto.

—Al pueblo le encantará —afirmó el Primer Ministro.

—Las hebillas son preciosas

—murmuró el Comandante en Jefe.

Las noticias del traje mágico del Emperador se habían extendido por toda la ciudad. La muchedumbre se agolpaba fuera del palacio, y las aceras estaban llenas de gente que esperaba ver al Emperador en todo su esplendor. Los padres llevaban en hombros a sus

hijos, que agitaban banderitas. Todo el mundo se había lanzado a la calle a ver el traje nuevo del Emperador.

Con paso lento y solemne, tras la insignia real y las trompetas, la procesión imperial comenzó a recorrer las calles. Todos sabían que nadie que fuera malvado, estúpido o inepto podía ver la tela mágica. Y nadie quería admitir que lo era.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaba la muchedumbre. Pero se veían muchas caras tristes, porque todas las personas pensaban que quizás eran más malvadas o estúpidas que las demás.



—¿Puedes verlo, verdad? —decía uno.

—Claro que lo veo. ¡Crees que soy estúpido? —gritaba el otro.

Mientras tanto, en palacio, los sastres embalaron los ricos materiales y huyeron de la ciudad a galope tendido.

Saludando a derecha e izquierda, el Emperador pensaba:

“¡Ojalá la tela mágica no fuese tan liviana; siento muchísimo frío! ¡Ojalá las botas mágicas no fueran tan suaves; el empedrado me destroza los pies!”



—¡Mira! —le dijo un señor a su hijo—. ¡Allí viene el Emperador!

—¿Cuál es, papá?

—El que lleva ese traje tan bonito.

—Pero si no está vestido, papá.

Mira, está temblando. ¡Por qué no se ha puesto nada?

La gente de la calle miró al niño.

—Lo siento. Es demasiado pequeño para darse cuenta —se disculpó el padre.

—Quieres decir que es demasiado pequeño para caer en la trampa —dijo la madre—. El Emperador está desnudo. ¡Alguien está burlándose de él... y de todos nosotros!

Poco a poco, la gente se fue dando cuenta de que las personas próximas tampoco podían ver el traje nuevo.

—¿Puedes verlo?

—Claro que no. ¡No soy tonto!

—El murmullo se hizo gritos. ¡Está desnudo! ¡Está desnudo!

El Emperador se puso colorado de vergüenza. Le habían engañado los sastres y, ahora, allí estaba, desfilando delante de su pueblo sin ropa. El pobre Emperador regresó corriendo a palacio y nunca más volvió a malgastar el dinero en trajes.



# LOS CORROS COLORADOS

Había una vez un hombre que tenía cincuenta gorros colorados. Su mujer los puso en una bolsa y lo despidió para que fuera a venderlos en la feria.

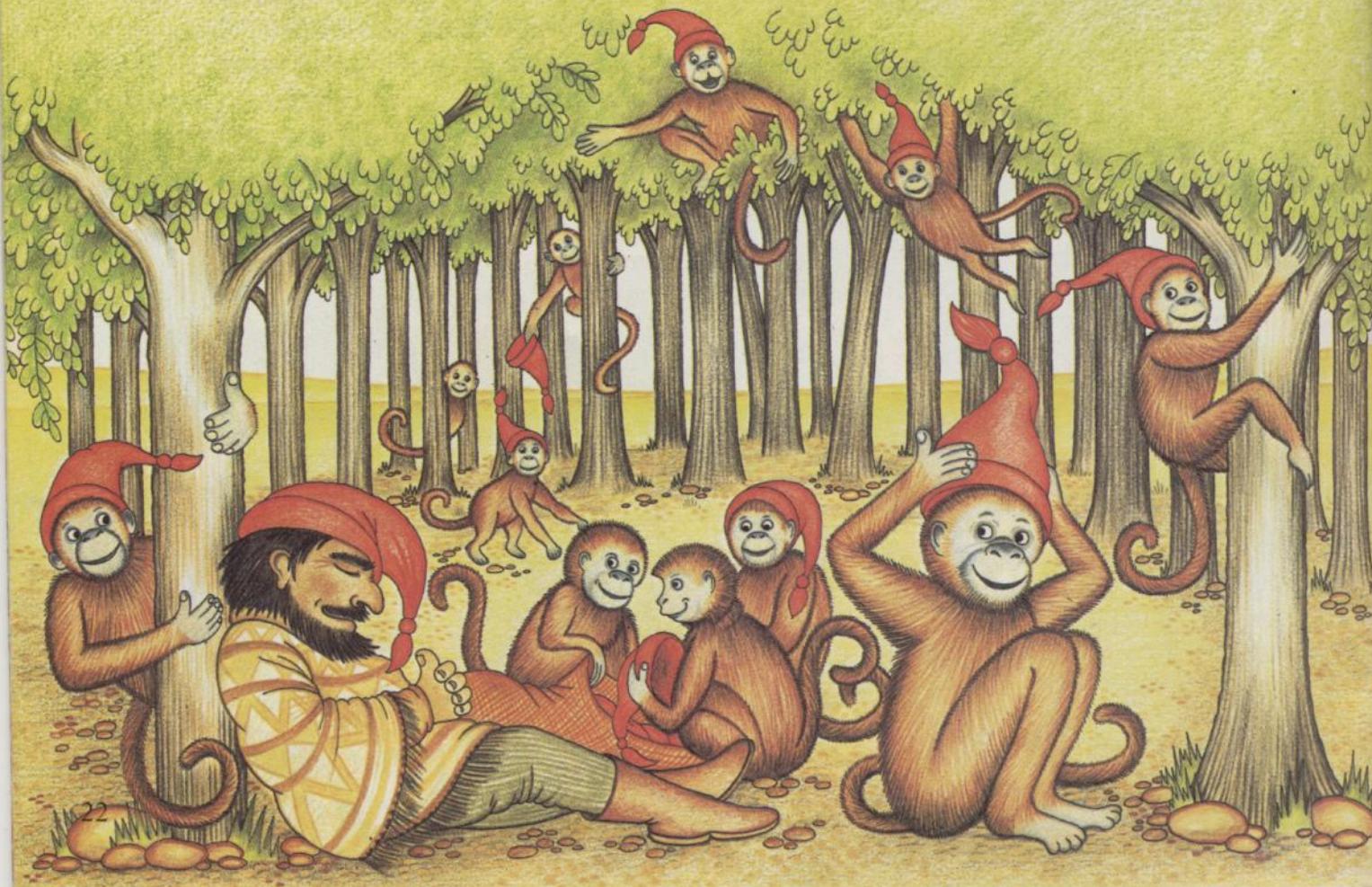
Anduvo por un camino polvoriento hasta llegar a un bosque. Se sentía tan fresco debajo de los árboles que el hombre tiró la bolsa al suelo y se sentó a descansar. Entonces le entró sueño; sacó uno de los gorros de la bolsa, se lo puso, se apoyó en un árbol y se quedó dormido.

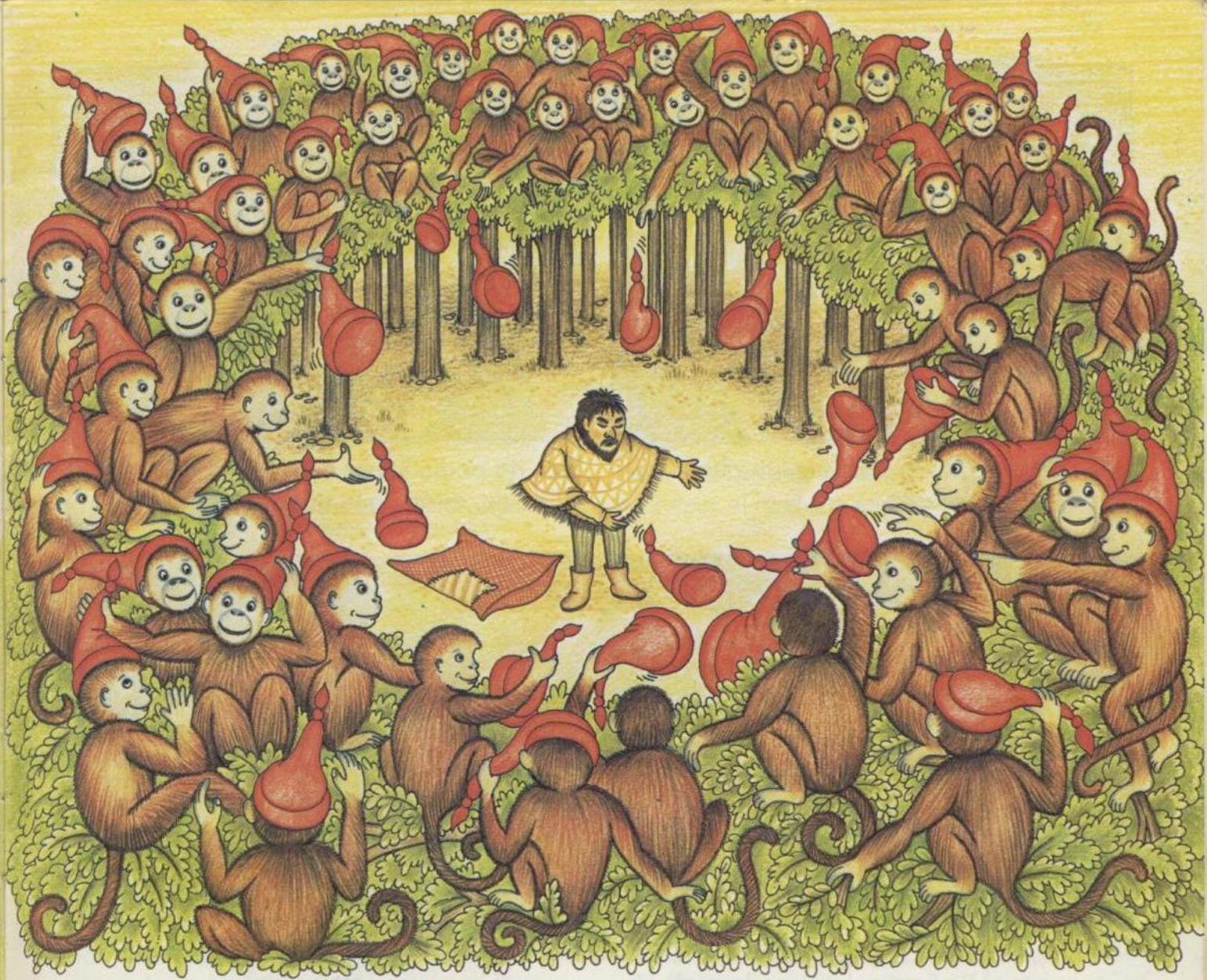
Pero el hombre ignoraba que en el bosque vivía una cuadrilla de monos. Después de un

rato, un mono viejo se bajó de un árbol y se acercó al hombre dormido.

Con mucho cuidado, fue tirando de un gorro hasta sacarlo de la bolsa y se lo puso en la cabeza. Luego volvió a trepar al árbol y se sentó en una rama, riéndose. Ya sabéis que a los monos les gusta imitar a las personas.

Al ver lo que había hecho el mono viejo, un monito bajó saltando del árbol. Se acercó con mucho sigilo al hombre, tomó un gorro y regresó al árbol. Lo mismo hicieron otros compañeros del monito con una rapidez increíble. Así que pronto hubo cuarenta y nueve monos subidos a los árboles,





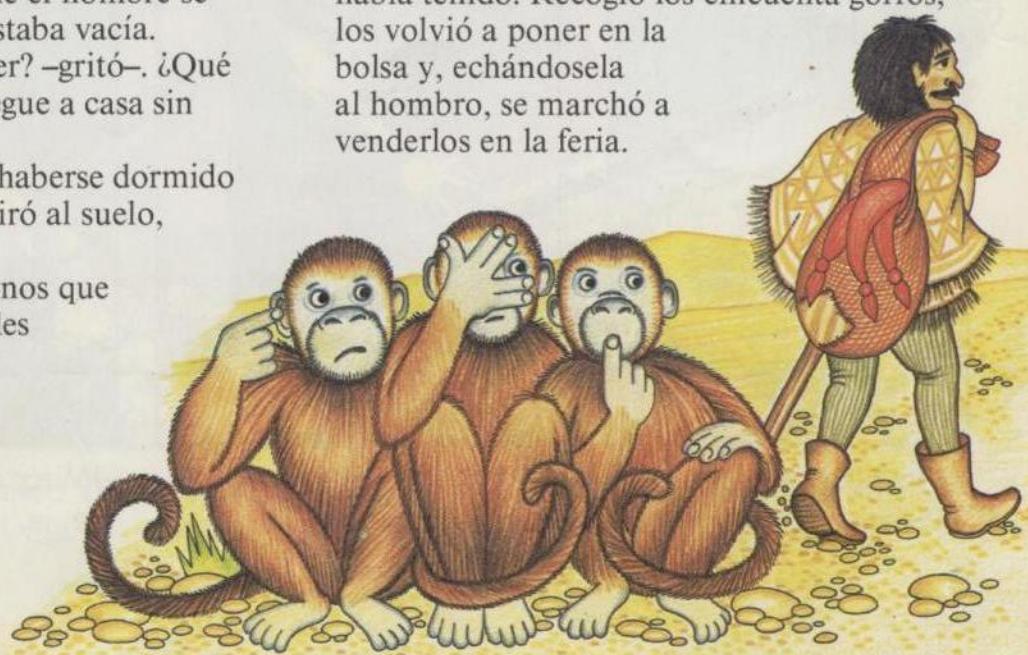
parloteando y riéndose. ¡Y todos se habían puesto el gorro colorado en la cabeza! Los monos hacían tanto ruido que el hombre se despertó y vio qué la bolsa estaba vacía.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —gritó—. ¿Qué le diré a mi mujer cuando llegue a casa sin dinero... y sin los gorros?

Estaba tan enfadado por haberse dormido que se arrancó el gorro y lo tiró al suelo, enfurecido.

Los cuarenta y nueve monos que estaban sentados en los árboles vieron lo que había hecho. Así que, todos a la vez, también se quitaron los gorros y los tiraron al suelo.

El hombre no podía creer lo que veía. Pero estaba muy contento de la suerte que había tenido. Recogió los cincuenta gorros, los volvió a poner en la bolsa y, echándosela al hombro, se marchó a venderlos en la feria.



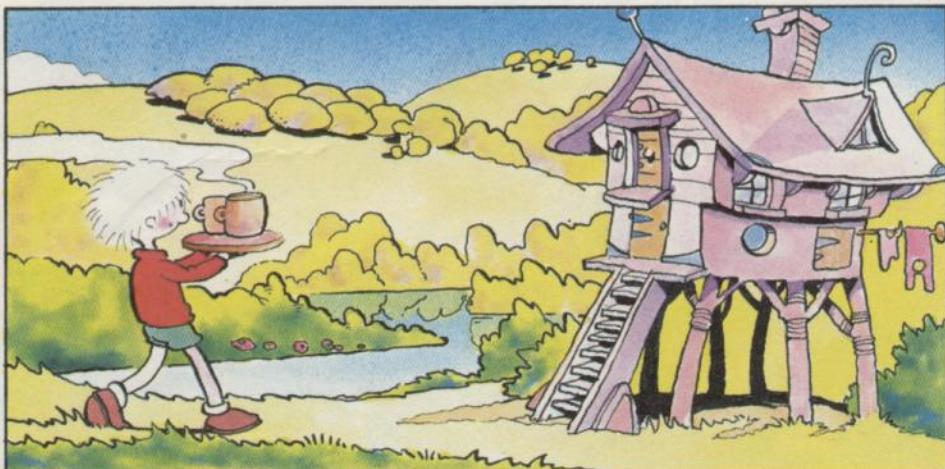
# PIPO en Arcadia



Una mañana de sol, Pipo limpiaba las ventanas de su casita.



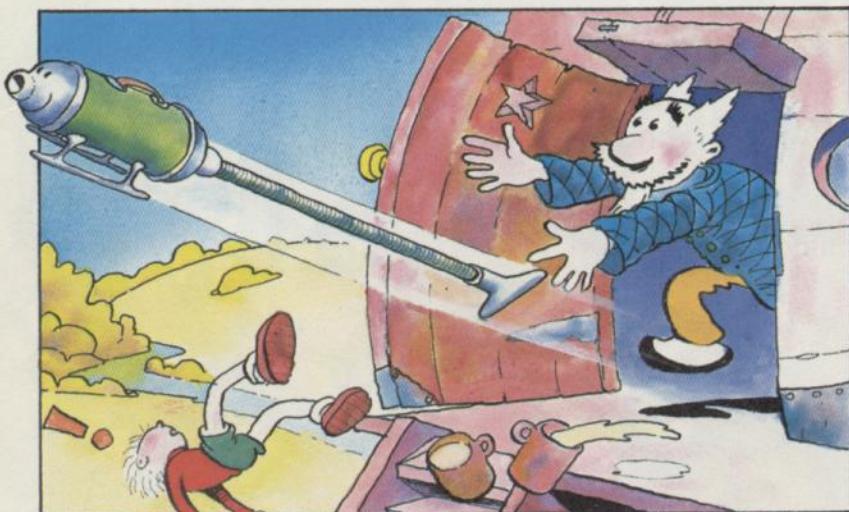
Pero no podía llegar a las de arriba.  
—¡Oh, no, están demasiado altas para mí!



—De todos modos, creo que es la hora de merendar. Apuesto algo a que el tío Emo quiere una taza de té.



—¡Tío Emo! ¡Tío Emo!  
¿Estás ahí?



—¡Eh! ¿Qué pasa?  
—¡Pronto! ¡Sujeta mi aspiradora! Oh..., se fue.



—¡Mira, está volando!  
—Je, je, je. Sí, la he hechizado ¡Oh!...



-¿Para qué?

-Quería que limpiara la casa, naturalmente.

-¡Mira! ¡Todo se mueve!

-Quizás el hechizo era demasiado fuerte.



-Las cosas se limpian solas.

-Después de todo, no está nada mal, Pipo.

-Ahora no necesitas una aspiradora.

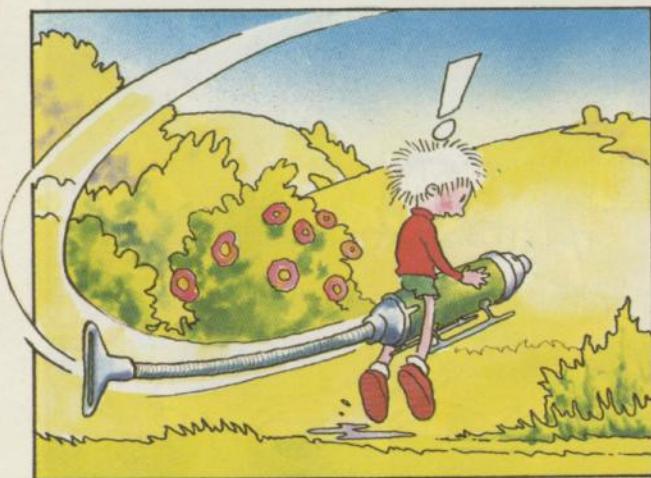
-Salgamos a mirar la casa.



-¡Mira, la casa se está bañando en el río! ¡Yupi!

-Bueno, tío Emo, tengo que irme.

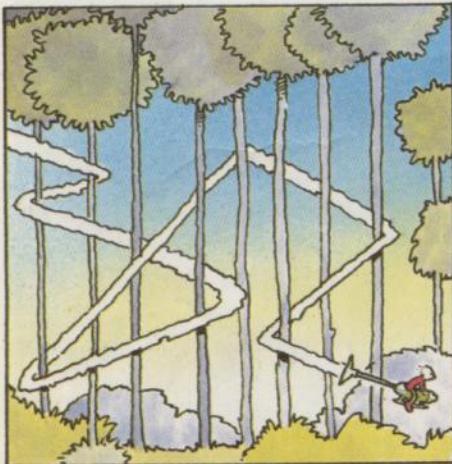
-Gracias por el té,  
Pipo... ¡Adiós!



—Aquí vuelve la aspiradora.  
¡Oh, bájame!



—¡Ah!... Es muy divertido. Puedo ver mi casita...  
y allí está la casa de tío Emo.



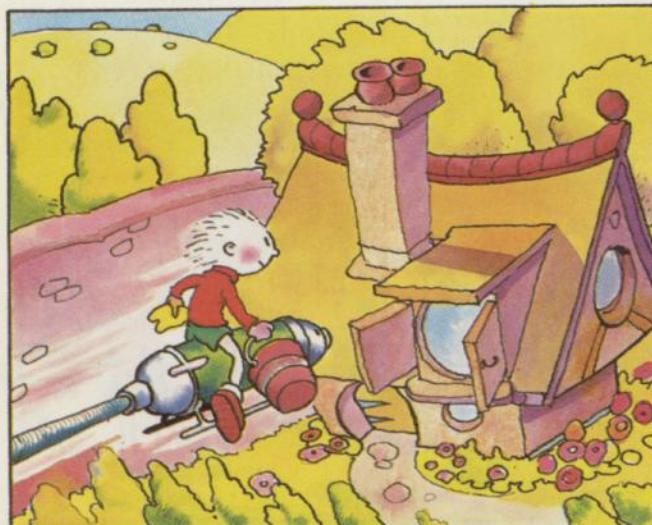
—¡Uy!... Cuidado con los árboles!  
Estamos cerca del río...



—¡Te dije que estábamos  
cerca del río!

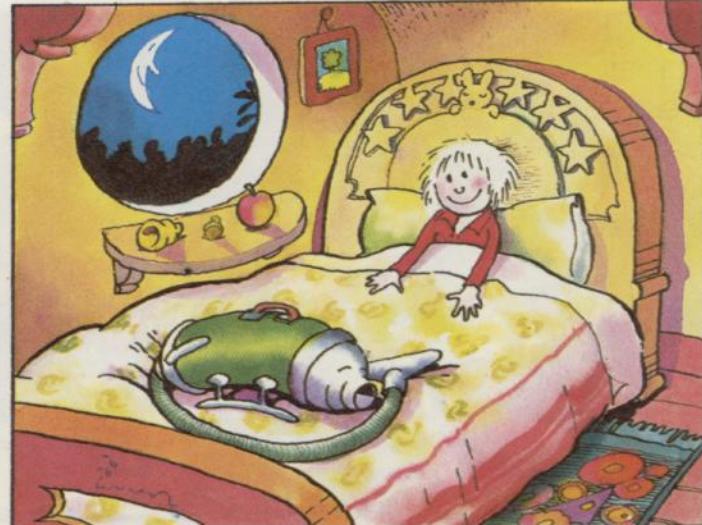


—¡Fue extraordinario!  
Oye, tengo una idea.



—Puedes ayudarme a limpiar mis ventanas,  
siquieres. Terminaremos en seguida.

26



Esa noche, Pipo y su nuevo amigo se fueron a dormir juntos. —Buenas noches, aspiradora.

(Pipo volverá en el 2.º fascículo con otra aventura.)

# El ogro del bosque



Había una vez una anciana que vivía con sus tres hijos en una casita de madera, a la entrada de un bosque muy oscuro.

Un año, al acercarse el invierno, la anciana pidió a su hijo mayor que fuera al bosque y cortara un árbol para hacer leña.

—¿Para qué? —preguntó el muchacho—. Cuando haga mucho frío, podemos meternos en la cama y no hará falta encender el fuego.

—¡No seas vago! —dijo la anciana—. No podemos quedarnos en la cama todo el invierno. Tú eres el hijo más fuerte que tengo, así que deberás traer la leña.

Al hijo mayor no le gustaba trabajar, pero al fin salió rumbo al bosque, llevando el hacha más pequeña que tenía. Cuando llegó, se acercó al árbol más podrido que encontró. Pensaba... “Seguro que éste no será difícil de cortar”.

Levantó el hacha para empezar el trabajo. Tras el primer golpe, sintió que alguien le tocaba el hombro. Se volvió y vio al ogro más horrible que podáis imaginaros. Tenía un ojo rojo en el centro de la frente. La nariz era de color morado, llena de bultos y retorcida como las raíces de un árbol.

—¡Oye, chico! —gritó el ogro—. Si derribas un solo árbol de mi bosque, te romperé en cincuenta pedazos.

El joven tiró el hacha y corrió a casa tan rápido como pudo para contarle a su familia lo sucedido.

—¡Mira que tenerle miedo a un ogro viejo y estúpido! —dijo un hermano, el segundo hijo de la familia—. Mañana iré yo.

Al amanecer, tomó un hacha más grande y salió a buscar leña. Ya en el bosque, encontró un árbol tan grande que tenía leña suficiente para todo el invierno.

—¡Trac! ¡Trac! ¡Trac! ¡Trac! ¡Trac! —resonaron los golpes del hacha.

Pero antes de que hubiera llegado a la mitad del tronco, apareció el ogro.



—¡Eh, forzudo! ¿Qué haces? Levanta otra vez esa hacha y te haré cien pedazos.

—No te creas que un ogro vi-viejo como tú puede asus-sustarme. No me-me das mie-miedo. Voy a derribar-bar este árbol.

—¡Eso ya lo veremos! —y levantando un brazo larguísimamente, el ogro arrancó una rama muy grande. Luego la partió en su rodilla y comenzó a romperla en astillas.

Al ver que el ogro era tan fuerte, huyó veloz hacia casa. Temblaba de miedo. Al llegar, su hermano mayor le dijo:

—¿Y dónde has dejado la leña?

—Me encontré a ese ogro tan horrible y me echó del bosque. Era demasiado fuerte, media unos quince metros...

Entonces habló el hijo menor de la anciana.

—A mí sí que no me asustaría. Estoy seguro de que no. Iré a traer la leña.

—¿Tú? Eres demasiado pequeño. Con ese ogro no tendrías la menor oportunidad.

—¡Por favor, dejadme ir!

Al final, y pese a sus temores, la anciana decidió que el hijo menor probara suerte en el bosque.

Así pues, al día siguiente, el tercer hijo tomó el hacha más grande que había en la casa. Era tan pesada que

apenas podía llevarla. Fue al armario de la cocina y tomó un queso muy blando que tenía la cáscara dura. Cuando los hermanos vieron que se guardaba el queso en la bolsa, se burlaron de él.

—¿Para qué loquieres? ¿Es que te vas de excursión con tu amigo el ogro?

Pero el muchacho no respondió y salió de casa arrastrando el hacha.

Al llegar al bosque, se acercó al árbol más grande que había. Hizo un gran esfuerzo para levantar el hacha, pero era tan grande que tuvo que dejarla caer... Sin embargo, el sonido hizo que el ogro acudiera furioso.

Rugió con gran voz:

—¡Oh, no! ¡Otro más! ¡Y no es más que un niño! Si cortas ese árbol, te haré en mil pedazos.

El niño se enfrentó al ogro y gritó:

—Si lo intentas, te destrozare igual que a esta piedra.

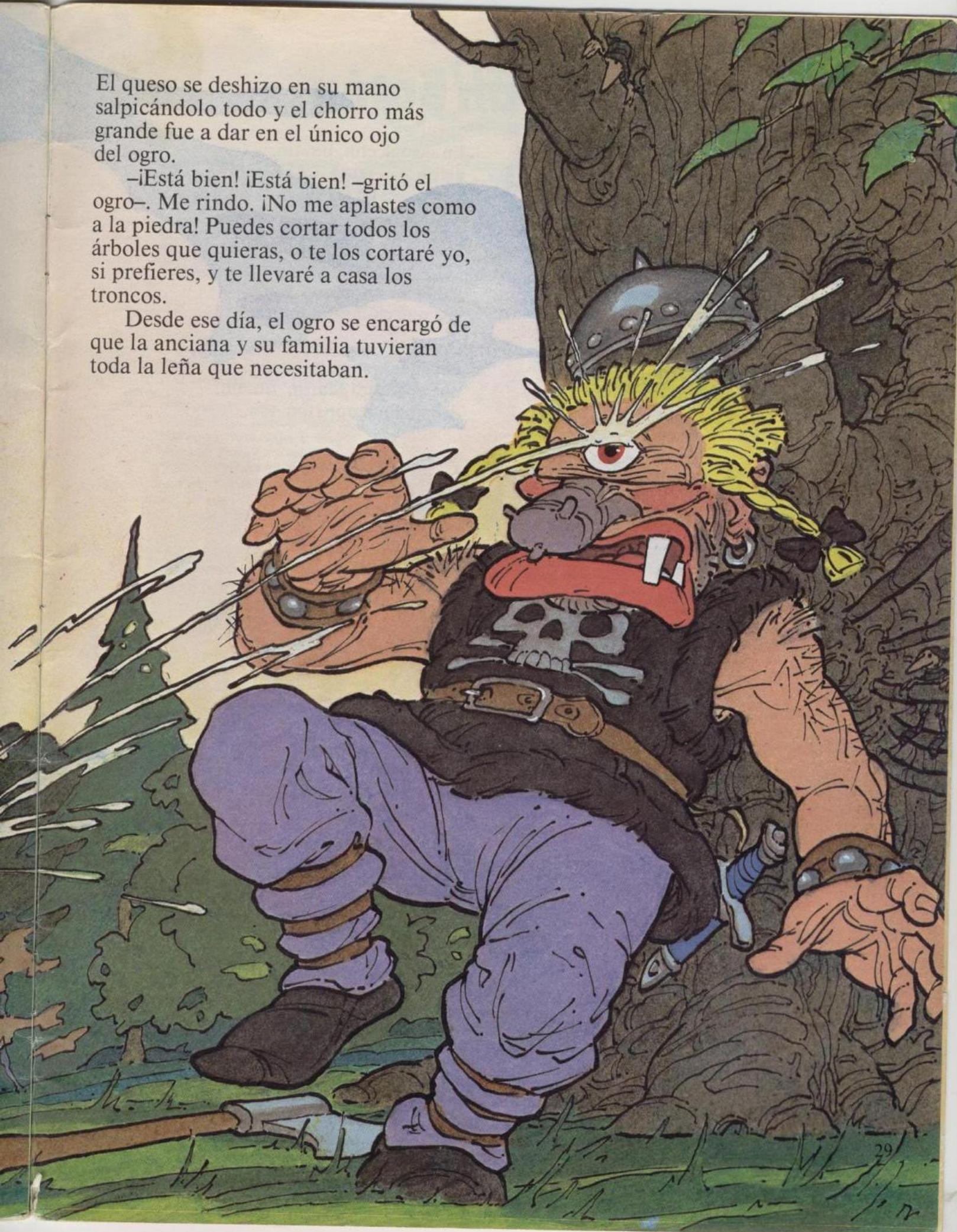
Al decir esto, el niño agarró el queso blando y lo apretó con fuerza.



El queso se deshizo en su mano salpicándolo todo y el chorro más grande fue a dar en el único ojo del ogro.

—¡Está bien! ¡Está bien! —gritó el ogro—. Me rindo. ¡No me aplastes como a la piedra! Puedes cortar todos los árboles que quieras, o te los cortaré yo, si prefieres, y te llevaré a casa los troncos.

Desde ese día, el ogro se encargó de que la anciana y su familia tuvieran toda la leña que necesitaban.



# Debajo un botón

Debajo un botón, ton, ton,  
del señor Martín, tin, tin,  
había un ratón, ton, ton,  
iay! qué chiquitín, tin, tin.

iAy! qué chiquitín, tin, tin,  
era aquel ratón, ton, ton,  
que encontró Martín, tin, tin,  
debajo un botón, ton, ton.

Es tan juguetón, ton, ton,  
el señor Martín, tin, tin,  
que metió al ratón, ton, ton,  
en un calcetín, tin, tin.

En un calcetín, tin, tin,  
vive aquel ratón, ton, ton,  
lo metió Martín, tin, tin,  
porque es juguetón, ton, ton.

Debajo un botón, ton, ton,  
del señor Martín, tin, tin,  
había un ratón, ton, ton,  
iay! qué chiquitín, tin, tin.

iAy! qué chiquitín, tin, tin,  
era aquel ratón, ton, ton,  
que encontró Martín, tin, tin,  
debajo un botón, ton, ton...



# CUENTA CUENTOS

Es una producción de la  
DIVISION DE PUBLICACIONES INFANTILES  
Y PEDAGOGICAS DE SALVAT  
«ORGANIZACION MUNDO DE LOS NIÑOS»

Dirección: Juan Salvat

Dirección de la División: Ramón Nieto

Edición y Grabación: José Gaya

Dirección Artística: Francesc Espluga

Equipo Editorial: Isabel Gortázar, Camila Batlles,

José Luis Sánchez, Edistudio

Canciones: Rosa León

Sonorización: Gritos y Susurros, S.A.

Publicado por:

SALVAT EDITORES, S.A.

Mallorca, 41-49. Barcelona, 29. España.

© SALVAT EDITORES, S.A., Barcelona, 1983

© MARSHALL CAVENDISH, London, 1983

Impreso por:

Cayfosa

Sta. Perpetua de Moguda (Barcelona)

Depósito legal: B. 2.956-1983

ISBN: 84-345-6148-4

Printed in Spain

Dirección en Argentina:

Salvat Editores Argentina, S.A.

Corrientes, 2777. BUENOS AIRES.

Distribuidor para la Capital Federal y el Gran Buenos Aires:

Distribuidora RUBBO, Garay, 4226. Distribuidor para

el interior: Distribuidora SADYE, S.A. Belgrano, 355.

Dirección en Colombia:

Salvat Editores Colombiana, S.A.

Carrera, 10, N.º 19-65, 4.º piso, Edificio Camacol  
Apartado aéreo 6552. BOGOTA.

Dirección en Chile:

Salvat Editores Chilena, Ltda. Providencia, 2008, Dpto A  
SANTIAGO DE CHILE.

Dirección en Ecuador:

Salvat Editores Ecuatoriana, S.A.  
Carondelet 208, y 10 de Agosto  
Casilla 2957. QUITO.

Dirección en México:

Salvat Mexicana de Ediciones, S.A. de C.V.  
Mariano Escobedo, 438. MEXICO 5 DF.

Dirección en Perú:

Salvat Editores Peruana, S.A.  
Avda. Grau, 768. Miraflores. LIMA.

Dirección en Puerto Rico:

Salvat Ediciones de PR INC. G P O BOX 4846  
San Juan. PUERTO RICO 00936.

Dirección en Venezuela:

Salvat Editores Venezolana, S.A.  
Gran Avenida, Edificio Arauca. CARACAS.

**CUENTA CUENTOS** se publica en forma de 26 fascículos de aparición quincenal, cada uno de los cuales consta de 36 páginas, incluidas las cubiertas y un encarte de 4 páginas para colorear. Con cada fascículo se distribuye una cassette, de unos 45 minutos de duración, en donde se reproducen los 182 cuentos, 12 canciones y 14 poemas de la serie, convenientemente sonorizados.

## Título

Gobelino, el gato embrujado  
La liebre y la tortuga  
El árbol de los zapatos  
El traje nuevo del Emperador  
Los gorros colorados  
Pipo en Arcadia (1)  
El ogro del bosque  
Debajo un botón (canción)

## Ilustrador

Francis Phillipps  
Malcolm Livingstone  
Kevin Maddison  
Anna Dzierzek  
Gillian Chapman  
Malcolm Livingstone  
Peter Richardson  
Ray Surigue

## Narrador

Marta Martorell  
Josep M. Angelat  
Maria Luisa Solá  
Rafael Turia  
Marta Martorell  
M.L. Solá, R. Turia, J. Gaya  
Josep M. Angelat  
Voz: Rosa León. Arreglos  
musicales: F. Aldoz,  
G. Vicente, I. Sáenz de Tejada

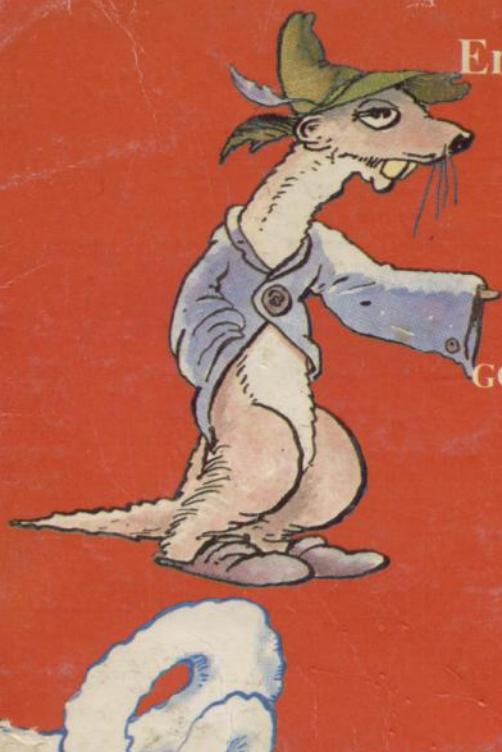
SALVAT garantiza la publicación de todos los fascículos que componen la serie, sea cual sea la difusión que alcance cada uno de ellos, así como que la obra no sufrirá ninguna interrupción que suponga subvaloración de lo ya adquirido.

SALVAT garantiza también:

El servicio de números atrasados mientras dure la publicación de la obra; la entrega o adjudicación, en los casos

que corresponda, de cuantos complementos, obsequios o premios anunciamos para esta obra; el rigor profesional y la calidad del equipo editorial de una empresa que cuenta con más de cien años de experiencia.

Todas las garantías que ofrecemos a nuestros lectores suponen un compromiso formal que, salvo por causa de fuerza mayor, nos obligamos a cumplir en toda su extensión y significado.



En el segundo fascículo de

## CUENTA CUENTOS

PIPO continúa sus exploraciones con la aspiradora... y se encuentra con el hombre de la luna.

GOBOLINO vive nuevas aventuras en una exposición de gatos y en una travesía marina.

Con su bella fábula EL ZORRO GLOTON, Esopo nos da una hermosa lección.

Los hermanos Grimm nos ofrecen la historia de LOS DUENDES Y EL ZAPATERO.

SIMBAD nos explica el origen de su fortuna en el VALLE DE LOS DIAMANTES y el SEÑOR TIGRE con su conducta nos da la explicación del origen de las rayas negras en su lomo y en el de sus descendientes.

Un bello cuento sobre EL NIÑO QUE QUERIA UN ARCO IRIS y una nueva canción de Rosa León, titulada EL BURRO ENFERMO, completarán el fascículo.

